LAS RAICES DEL RELATO INDIGENISTA ECUATORIANO

Manuel Corrales

Un intento de comprender y explicar el fenómeno literario llamado *relato indigenista* me ha llevado a preguntarme por sus raíces, sus elementos más profundos y soterrados no sólo en el ámbito de la historia literaria ecuatoriana, sino también y por buenas razones en la historia social ecuatoriana. Las razones de esta orientación de mi búsqueda irán apareciendo a lo largo de este ensayo; puedo adelantar que la preocupación por encontrar una definición satisfactoria de “literatura indigenista” –más satisfactoria al menos que las actualmente conocidas– ha sido uno de los motivos fundamentales para este modo de buscar comprensión y explicación.

Para el proceso de estas consideraciones he tomado como base textual a *Cumandá* (1879), de Juan León Mera. Ya el enunciado de esta selección puede resultar extraño: ¿es realmente *Cumandá* una novela indigenista? Debo esclarecer este punto antes de lanzarme al análisis. Es opinión común que el indigenismo literario ecuatoriano comienza con *Plata y bronce* (1927), de Fernando Chaves. Así lo afirma, por ejemplo, Angel F. Rojas:

Nos vamos aproximando al año 1930, en que se publicó el libro de cuentos *Los que se van*. Sería injusto dejarnos impresionar por el deslumbramiento que produjo este libro y silenciar la obra que antes de él habían rendido Chaves, verdadero creador de la novela indigenista en el Ecuador, el pedagogo Sergio Núñez y el entonces estudiante universitario Pablo Palacio¹.

Líneas más abajo, Rojas esboza los caracteres de esta narrativa indigenista:

Plata y bronce es el nombre que tiene la novela de este autor [Fernando Chaves]. Fue premiada en un concurso nacional de literatura. El esquema de varias novelas posteriores de tema indigenista escritas por otros está ya esbozado aquí. Un cura fanático y dominador. Un teniente político sumiso a la voluntad de los señores feudales del predio contiguo. Un amo blanco gamonal, que explota a los indios que viven en su

1. Angel F. Rojas: *La novela ecuatoriana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 174. (El subrayado es nuestro).

latifundio y viola a sus mujeres y a sus hijas. Se completa así el terceto trágico de expoliadores de la raza india, que luego veremos presente en las novelas y cuentos sobre la realidad agraria del altiplano².

A pesar de la autoridad de Rojas como historiador del relato ecuatoriano, creo tener buenas razones para afirmar que el asunto indigenista en la literatura se remonta un poco más lejos. En primer lugar, el indio está presente en la novela ecuatoriana desde el principio; es decir, desde *Cumandá*, considerada por los estudiosos como la primera novela ecuatoriana. Y en segundo lugar, el indio está presente en esa novela como ser problemático —rasgo medular del indigenismo literario—, pese a ser *Cumandá* una novela romántica.

No es mi intención introducir a *Cumandá*, cueste lo que cueste, en la horma del relato indigenista, sino mostrar más bien que dicho relato indigenista no nace por generación espontánea. El elemento indigenista está ya presente en la novela ecuatoriana desde el principio, y ese principio es la novela de Juan León Mera. Lo que hay que mostrar es *qué modo de presencia* tiene ese indigenismo, qué importancia tiene su recta comprensión para una interpretación lo más adecuada posible del fenómeno y de la narrativa ecuatoriana en general.

Por consiguiente, debo dejar claro desde ahora que el elemento indigenista no es lo central en la novela de Mera; pero es un elemento que debe ser tenido en cuenta para la comprensión de la obra, por cuanto es parte de la totalidad; así como tampoco podría dejarse de lado la totalidad coherente de la obra para dar con la significación del elemento mismo. Esto quiere decir que no se lo puede poner entre paréntesis a la hora de explicar el sentido total, ni se puede interpretar la obra sólo y exclusivamente en función de él, lo que equivaldría a operar una reducción y posiblemente un falseamiento del sentido.

El texto es aquí el argumento único y definitivo: hay en *Cumandá* una serie de elementos significativos que manifiestan la estructura nuclear de lo que Tomás G. Escajadillo ha denominado *indigenismo ortodoxo*³.

Lo primero que hay que señalar es que Juan León Mera ha subtulado a su novela “un drama ente salvajes”, y en efecto la acción central del relato se desarrolla entre los indígenas del oriente ecuatoriano. El hecho típicamente romántico de la evasión hacia mundos exóticos no necesita ser subrayado. Pero en el relato mismo se nos dan los elementos causales de esta ubicación espacial⁴: los acontecimientos van a desarrollarse en ese mundo exótico porque el P. Domingo de Orozco, personaje fundamental del relato, quiere purgar allí su mala vida pasada dedicado a la buena obra de evangelizar a los indígenas. Esa mala vida pasada ha consistido, tal y como se nos cuenta en la novela, en una inhumana explotación de los indios de su hacienda, dentro del contexto general de la opresión:

2. Id., p. 175.

3. Tomás G. Escajadillo: “Meditación preliminar acerca de José María Arguedas y el indigenismo”, en: *Revista Peruana de Cultura*, Nos. 13-14, Lima, diciembre 1970, p. 86.

4. Juan León Mera: *Cumandá. Un drama entre salvajes*, 3a. ed., Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1967, capítulo VI. (En adelante citaré siempre por esta edición).

En el silencio del claustro había recorrido el padre Orozco la historia de su vida: la fiscalizó conforme a las máximas evangélicas y descubrió todo lo que había de verdadero en punto a la conducta que observaba con los infelices indios. “Eres culpable, le dijo la conciencia, y en cierta manera tú mismo fuiste la causa del exterminio de tu familia”. ¡Tardío conocimiento de un mal sin remedio! Con todo fray Domingo quiso aprovechar de él e indemnizar a los indios, en lo posible, el daño que les había causado; para esto pensaba que lo mejor sería consagrarse al servicio de las misiones⁵.

Por otra parte, en ese espacio exótico de la selva oriental se va a gestar, madurar y concluir en tragedia el amor entre Carlos, hijo del P. Domingo, y Cumaná, aparentemente india de los záparos; pero en realidad hija del padre Domingo, según se descubre en la anagnórisis final. También allí se va a narrar la solución al antagonismo entre el indio explotado y el blanco explotador⁶.

Los datos empíricos proporcionados por el texto dan como resultado los siguientes rasgos de la primera novela ecuatoriana: (1) carácter documental, (2) presencia comentadora del autor, (3) evocación del ancestro, (4) la justicia al servicio del poderoso. Estos rasgos van a repetirse posteriormente, de una u otra forma, en la novela indigenista ecuatoriana.

CARACTER DOCUMENTAL

Un rasgo bien probado del llamado relato indigenista es su carácter documental; es decir, la manifestación de ciertos aspectos, acontecimientos, personajes y conflictos de la sociedad extranovelesca. Pues bien, este carácter está ya presente en la primera novela ecuatoriana, y de tal manera que la radicación en un hecho real es un constituyente estructural de la historia novelesca. El haber tomado como punto de partida un hecho histórico, una *sublevación indígena*, anejo a una estructura social *colonial*, es uno de los puntos que hace de *Cumaná* objeto necesario de consideración en una reflexión global sobre la literatura indigenista ecuatoriana.

Lo importante no es aquí la verificación de la verdad “histórica”, o la fiel reproducción de los datos. Sabemos que para la elaboración del capítulo VI de su novela se inspiró Mera en una sublevación indígena de la sierra (la de Columbe y Guamote, en la actual provincia de Chimborazo) contada por su contemporáneo y amigo el historiador Pedro Fermín Cevallos. Y sabemos que éste último equivocó las fechas, induciendo al novelista a caer en el mismo error:

No es la primera vez que un tema semejante [el de las sublevaciones indígenas] hubiera llamado la atención de los estudiosos. Pedro Fermín Cevallos y González Suárez lo trataron someramente en sus obras históricas. El primero refiere algunos hechos de la sublevación de 1780 en la tenencia general de Ambato y *duplica erróneamente la rebelión* acae-

5. *Cumaná*, cap. VI, p. 78.

6. *Cumaná*, cap. XIX, pp. 195 y ss., y cap. XX, pp. 198 y ss.

cida en Guamote y Columbe en 1803, parte de cuyos acontecimientos traslada al año 1790.

La observación es de Segundo Moreno Yáñez⁷ quien en nota añade:

Nótese que la sublevación de Columbe y Guamote en “1790” sirve de base al argumento de la novela *Cumandá* de Juan León Mera, contemporáneo y coterráneo de Pedro Fermín Cevallos.

En todo caso lo que me interesa subrayar es que hay en la narración novelesca de Mera un afán expreso de documentalidad:

En ese mismo día [uno de los últimos de 1790] aconteció el alzamiento de los indios de Guamote y Columbe, que se despeñaron en sangrientas atrocidades, conservadas hasta hoy con espanto en la memoria de nuestro pueblo⁸.

Las causas de la rebelión indígena también tienen su radicación en una situación extranovelesca: se alude a la opresión que los patrones blancos ejercen sobre los indios, opresión que se manifiesta en la institución de los obrajes:

Quien en aquellos tiempos nombraba una hacienda de obraje nombraba el infierno de los indios; y en ese infierno fueron arrojados el viejo Tubón, su esposa e hijo. La pobre mujer sucumbió muy pronto a las fatigas de un trabajo a que no estaba acostumbrada y al espantoso maltrato de los capataces. El látigo, el perpetuo encierro y el hambre acabaron poco después con el anciano: un día le hallaron muerto con la cardadera en la mano⁹.

7. Segundo Moreno Yáñez: *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la Colonia*, Bonn, Bonner Amerikanistische Studien, 1976, p. 19 y nota.

8. *Cumandá*, cap. VI, p. 72.

9. *Cumandá*, cap. VI, p. 75. Sobre los obrajes tenemos una estremecedora descripción de los viajeros españoles del siglo XVIII, Jorge Juan y Antonio de Ulloa:

El trabajo de los obrajes empieza antes que aclare el día, a cuya hora acude cada indio a la pieza que le corresponde según su ejercicio, y en ella se le reparten las tareas que les pertenecen; y luego que se concluye esta diligencia, cierra la puerta el maestro del obraje y los deja encarcelados [. . .] Cuando la oscuridad de la noche no les permite trabajar entra el maestro del obraje a recoger las tareas: aquellos que no las han podido concluir, sin oír excusas ni razones, son castigados con tanta crueldad, que es inexplicable; y hechos verdugos insensibles, aquellos hombres impíos descargan sobre los miserables indios azotes a cientos [. . .] y para conclusión del castigo los dejan encerrados en la misma pieza por prisión, y, aunque toda la casa lo es, hay un lugar determinado con cormas o cepos para castigarlos más indignamente [. . .] La consecuencia de este trato es que aquellos indios se enferman a poco tiempo de estar en aquel lugar, y consumida su naturaleza, por una parte con la falta de alimento, por otra con la repetición del cruel castigo, así como por la enfermedad que contraen con la mala calidad de su alimento, mueren aun antes de haber podido pagar el tributo con los jornales de su trabajo. (Jorge Juan y Antonio de Ulloa: *Noticias secretas de América* [1826], Buenos Aires, Ediciones Mar Océano, 1953, pp. 215-216).

Y con los obrajes, la institución de los indios concertos que Juan León Mera sugiere seguidamente:

El hijo, que pudo resistir a beneficio de la corta edad, salió de su prisión a los muchos años, por convenio celebrado entre su antiguo amo y el dueño del obraje, y cargado, además de su primera deuda, con la del padre difunto. . .¹⁰

Las causas inmediatas y concretas de la sublevación de los indios tienen exacta correspondencia con las causas reales de la sublevación histórica en la que se basa: la cobranza del diezmo sobre las hortalizas:

En 1790 la cobranza del diezmo de las hortalizas, antes no acostumbrada y por primera vez entonces dispuesta por el Gobierno, fue el pretexto que los indios de Guamote y Columbe tomaron para derramar el odio y venganza que no cabían en sus pechos y acabar con cuantos españoles pudiesen haber a las manos¹¹.

Entre los caracteres más notables del afán documental no debemos pasar por alto la expresa narración de las medidas tomadas por las autoridades para acabar con la rebelión y castigar a los culpables:

Sólo algunos días después, cuando se conceptuaron fuertes los vecinos de la ciudad, engrosadas las fuerzas con los auxilios de otros pueblos, persiguieron a los millares de indios que, hora tras hora, habían ido menguando de ánimo, bien que no de deseo de mayor venganza. Al fin, muchos de ellos vinieron a manos de la justicia, sin contar gran número que perecieron a las de los blancos. . .¹²

Tubón y Lorenza Huamanay fueron apresados entre otros cabecillas; muchísimos se fugaron por distintas direcciones, metiéndose en las se-

10. *Cumandá*, capítulo VI, pp. 75-76. La réplica extranovelesca de la institución del concertaje nos la describe el ya citado Angel F. Rojas con las siguientes palabras:

El “concertaje” tenía la forma de un contrato de trabajo celebrado entre el amo y el indio, ante una autoridad de policía que estipulaba el pago de un salario diario de *cinco centavos*, por cada jornada de labor, pagaderos mensual o trimestralmente, luego de una liquidación que se hacía en la casa de hacienda. Pero como para sostenerse el indio y su familia la suma devengada en su trabajo era irrisoriamente insuficiente, tenía necesidad de endeudarse con su patrón, recibiendo anticipos en dinero y especies, año por año, mes por mes, que se conocen en el lenguaje campesino como “socorritos”. Toda vez que los gastos de manutención del indio eran con mucho superiores a sus entradas, la deuda iba creciendo paulatinamente. El “peón concierto” se envejecía trabajando en el feudo, y al morir, dejaba todavía una deuda. Deuda que se cargaba inmediatamente en la cuenta de sus herederos. El hecho se repetía de una generación a otra. (Angel F. Rojas: op. cit., p. 28. Mera hace una variante: el contrato no es entre el patrón y el indio, sino entre el dueño del obraje y el antiguo amo del indio. Recalca, sin embargo, el carácter hereditario de las deudas del indio por causa de los “socorritos”).

11. *Cumandá*, p. 64. Cf. Segundo Moreno: op. cit., pp. 292 y ss.

12. *Cumandá*, p. 76.

rranías y en las selvas; más aquellos pagaron en la horca su atentado¹³.

No quiero cansar al lector; pero me parece necesario subrayar la presencia de este personaje Lorenza Huamanay, "la terrible conspiradora, nombre famoso en las tradiciones de nuestros pueblos"¹⁴, porque es la réplica exacta de una de las participantes en la rebelión histórica de Guamote y Columbe, cuyo nombre histórico apenas ha sido modificado en el relato de Mera:

Como en las sublevaciones pasadas, no estuvieron en Guamote ausentes las mujeres indígenas: entre ellas se distinguieron Lorenza Peña, Jacinta Juárez y Lorenza Avemañay. Ellas celebraron su triunfo con ferocidad y en medio de una embriaguez general extrajeron los ojos de los cadáveres para comérselos o guardarlos como talismanes. Por estos actos Lorenza Avemañay perduró en la memoria de los indios, quienes casi medio siglo después todavía celebraban sus hazañas en los cantos entonados con motivo de la siega¹⁵.

COMENTARIO DEL AUTOR

Un segundo rasgo del relato indigenista ecuatoriano es la intromisión del propio narrador dentro de la narración, o al margen de ella. Aparece en *Cumandá con llamativa persistencia*, y se repetirá en *Plata y bronce* de Chaves y en toda la obra de Jorge Icaza.

El narrador viene a ser como una voz anónima, o simplemente como un comentarista que enjuicia desde fuera los acontecimientos, emite opiniones sobre el comportamiento de los personajes, enuncia apreciaciones éticas, etc.

El carácter denunciador de la novela ecuatoriana, y no sólo de ella, sino también de la hispanoamericana en general, es cosa clara: Fernando Alegría lo ha puesto de relieve en uno de los ensayos de *Literatura y revolución*¹⁶. Desde José Joaquín Fernández de Lizardi, el tomar a la novela como instrumento de crítica de la sociedad, ha sido el camino de muchos de nuestros escritores. Pero en el caso de la novela indigenista ecuatoriana el matiz no es simplemente "retratar" la sociedad, sino a propósito de ese retrato hacer consideraciones críticas sobre ella. Así pues, tenemos en la novela indigenista como dos planos, dos mundos diferentes: el mundo narrado y el mundo comentado por el autor.

13. Id., p. 77.

14. Id., p. 76.

15. Segundo Moreno: op. cit., p. 303. (El subrayado es nuestro). Mera hace alusión incluso al hecho de haber sacado la Huamanay los ojos de los españoles:

La feroz Huamanay, supersticiosa cuanto feroz, había sacado los ojos a un español y guardándolos en el cinto, creyendo tener en ellos un poderoso talismán; pero viéndose al pie del patíbulo se los tiró con despecho a la cara del alguacil que mandaba la ejecución, diciéndole: "¡Tómalos! Pensé con esos ojos librarme de la muerte y de nada me han servido". (*Cumandá*, p. 77).

16. Fernando Alegría: "Retrato y autorretrato: la novela hispanoamericana frente a la sociedad", en: *Literatura y revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 31-43.

En *Cumandá* es clarísimamente el afán ético lo que da razón de esta presencia del autor algo más que entre líneas (igual cosa ocurre por cierto con *Aves sin nido*, de la peruana Clorinda Matto de Turner [1889]). Los ejemplos son innumerables. A modo de ilustración cito sólo algunos:

El autor describe el pueblo de Andoas y ensalza la labor civilizadora del misionero:

La regeneración cristiana había dulcificado las costumbres de los indios sin afeminar su carácter, había inclinado al bien su corazón, y gradualmente iba despertando su inteligencia y preparándoles para una vida más activa, para un trato más extenso, para el contacto, la liga y fusión con el gran mundo, donde a par que hierven pasiones, y se alzan errores y difunden vicios que el salvaje no conoce, rebosa también y se derrama por todas partes la benéfica civilización, llamando a sí a todos los hombres y a todas las naciones para hacerlos dueños de la ventura que es posible disfrutar en la tierra¹⁷.

Refiriéndose a la manera despiadada como don Domingo de Orozco trataba a los indios de su hacienda:

Don José Domingo de Orozco, cierto, no era mal hombre; pero, no obstante hacia cosas propias de muy malo. Esto parecerá inconcebible a quien no ha penetrado alguna vez en el corazón humano para admirarse de cuantas anomalías y absurdos es capaz¹⁸.

Y líneas más abajo:

¡Ah, y cuánto más duros e incurables son los males que proceden de un bueno engañado que los provenientes del perverso ¡¹⁹

Al referirse al talante poético del joven Carlos de Orozco, dedica largos párrafos a disertar sobre la condición del poeta en el mundo. Entresaco algo de ellos:

Digno de lástima fuera el poeta si no estuviera en su propio infortunio la grandeza de su destino. El infortunio que ha entrado al templo de la inmortalidad, connaturalizado, identificado con Homero, Tasso, Milton, Camoens y otros de esta raza de genios felizmente desgraciados, ¿no vale infinitamente más que la dicha de ciertos grandes que termina encerrada en una huesa, sin haber dejado rastro de sí ni haber honrado en manera alguna a la patria ni a la humanidad?²⁰

Es cierto, como dice Fernando Alegría, que un rasgo típico de la novela hispanoamericana, desde sus comienzos, es su carácter crítico: el narrador hace en su relato un retrato de la sociedad. De diversas maneras —sobre moldes europeos, o desde perspectivas netamente criollas o finalmente viniendo a meterse en el corazón del relato y autorretratándose— novelista y sociedad jamás han estado separados: todo lo contrario, unidos en una interacción que ha ido madurándose y

17. *Cumandá*, p. 69.

18. *Id.*, p. 74.

19. *Id.*, *ibid.*

20. *Id.*, p. 79.

haciéndose cada vez con mayor intensidad unidad poética. El carácter documental que acabo de analizar es una muestra de esa peculiaridad. Pero, entre los narradores ecuatorianos, hay además este segundo carácter: el de la discusión y la opinión, el juicio sobre esa sociedad que retratan; pero un juicio que *no se ha hecho* narración, sino que aparece entre-metido en ella y “a propósito” de ella. Después de Cumandá, Fernando Chaves recurrirá al artificio de introducir a la maestra de escuela como portavoz de sus propias ideas liberales desde las cuales hará el juicio de los acontecimientos de su novela, o Jorge Icaza recurrirá al artificio del paréntesis para entreverar con la narración su propia presencia —más discreta quizás y menos llamativa que la de Mera²¹.

Viene a ser entonces la narración indigenista ecuatoriana como el lugar de dos mundos paralelos y superpuestos: la narración propiamente dicha por un lado, y los comentarios e intromisiones del autor por otro²². La novela-tribuna es característica en nuestro medio literario. Intentaré en la última parte de este ensayo ver los alcances del rasgo desde una perspectiva interpretativa.

EVOCACION DEL ANCESTRO

El contacto entre las razas indígena y española en el momento de la conquista ha sido visto por los novelistas ecuatorianos, de una forma más o menos explícita, como un conflicto de dos razas que desemboca en el despojo de la raza indígena por parte de los conquistadores. Al mismo tiempo, y en esa perspectiva, parece recalcar los rasgos típicos de cada una de las dos razas en conflicto.

En Mera, la evocación del ancestro es muy tenue, pero está presente:

Limpio y espléndido estaba el cielo, y magnífico y gracioso el cuadro de la antigua Puruhá, la noble cuna de los duchicelas²³.

El afán documental que he analizado más arriba lleva al autor a precisar en nota al pie de página:

Antiguo nombre de la nación que hoy constituye, más o menos, la provincia del Chimborazo. Los Duchicelas fueron sus príncipes antes de la fusión de su familia con la de los Shiris de Quito²⁴.

Y un poco más adelante:

Entretanto, los sublevados contemplan desde una altura la obra de su saña infernal, y repiten los gritos de salvaje alegría, las carcajadas y los

21. He tratado más detenidamente este punto a propósito de la novelística de Jorge Icaza: Cf. Manuel Corrales: *Jorge Icaza: Frontera del relato indigenista*, pp. 36-45, 142 y ss y 220 y ss.

22. Próximamente aparecerá en las Ediciones de la Universidad Católica (Quito) una colección de estudios sobre *Cumandá*, entre los cuales estará el de Simón Espinosa, *Cumandá ¿dos mundos superpuestos?* donde se analiza detenidamente este asunto.

23. *Cumandá*, p. 71.

24. *Id.*, *ibid.*

juramentos contra la raza blanca que desearían barrer del suelo que fue de sus mayores²⁵.

Y al referirse al español transformado en tirano con la raza oprimida:

Caracteres de esta laya eran comunes en la época de la conquista, y aun en días de vivos no escasean: *el hombre bueno formado por los principios cristianos y por la tradición de la nobleza española* se halla contrariado y casi ofuscado por completo por el hombre malo, obra de las injustas ideas de la conquista, de sus crueldades y del hábito que se estableció entre los sojuzgadores de andar siempre vibrando el látigo sobre los vencidos. . . .²⁶

Es importante observar que esta evocación del ancestro desemboca y va relacionada con el desencadenamiento del conflicto entre las dos razas con el desenlace a favor de los conquistadores que sojuzgan al indígena y lo reducen a la condición de siervo en el último escalón de la estratificación social.

Los indigenistas posteriores acentuarán los rasgos negativos del personaje blanco, eliminando los paliativos y las matizaciones de Mera, y anclando esos rasgos en el ancestro hispano. Así, por ejemplo, Fernando Chaves:

Esos hombres [los mayordomos], en brega cotidiana, por una escasa remuneración, facilitan y mantienen la pereza grávida, invencible del blanco que a la menor ocasión vocifera en raptos de necio, de triste y cómico orgullo: “soy descendiente de españoles”, como si eso no se le conociera en la fatuidad, en la holgazanería, en la inutilidad tan propia para los trabajos prácticos y prolongados; en su enfermedad endémica de soñar y sólo soñar; en su ferocidad para con los vencidos, para con los que la suerte entregó esclavos e ignorantes; en su tirria contra la cultura sólida y efectiva; en su egoísmo imperdonable; en su misticismo risible que le ata a la roca prometeica de la inacción, en espera de un más allá soñado, y, a fuerza de mentido, casi real en sus espíritus de sombra, en los que sólo el error prospera con vegetación lujosa de supersticiones y de vagos temores. . . .²⁷

En cuanto al indio, la evocación del ancestro va unida a la de la propiedad de la tierra, arrebatada por los conquistadores, rasgo que ya hemos visto en *Cumandá*:

Clamor dolido de gentes irredentas que van perdiendo hasta la nostalgia de la posesión de una tierra que únicamente fue suya²⁸.

Y junto a esto, la evocación de las grandezas destruidas:

25. Id., p. 73 (El subrayado es nuestro).

26. Id., pp. 74-75 (El subrayado es nuestro).

27. Fernando Chaves: *Plata y bronce*, Quito, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1954, pp. 72 y ss.

28. Id., p. 189 y ss.

Y el amo en una consciente evocación histórica vio pasar por los cristales oscuros de los ojos tristísimos de la Manuela el aureo boato de los indios sensuales y divinos, de aquel Atahualpa magnífico que se hundía con sus andas de oro en un mar de sangre en las lejanías legendarias de la historia de su patria²⁹.

El presente es fruto de una degeneración que entre otros atributos se adorna con el del sometimiento aparentemente dócil de la raza vencida:

La obediencia venció. ¿Cómo iba a sacudir la pobre longa ese secular marasmo de la volición que, abonado por el miedo y unas creencias supersticiosas, gravitaba sobre los débiles espíritus de su raza? Tenía que salir humillada y someterse³⁰.

En las dos últimas novelas de Icaza —*El Chulla Romero y Flores* (1958) y *Atrapados* (1972)— se explicita un motivo conductor que ya estaba presente de una manera aún no del todo madura en sus relatos anteriores: esta evocación del ancestro se interioriza y adquiere caracteres dramáticos en el personaje del protagonista. Ya no son las dos razas vistas “desde fuera”, ni la evocación de los antepasados juzgada por el narrador como algo parecido a un objeto importante, pero siempre en cierto modo ajeno; ahora la evocación del ancestro la vive el propio personaje “desde dentro” y se transforma en conflicto íntimo. Es el hecho del mestizaje experimentado como una realidad existencial: Luis Alfonso Romero y Flores, protagonista de la penúltima novela de Icaza, es producto de un español nombrado simbólicamente con el apodo de “Majestad y pobreza”, y de una india, Mama Domitila. En el interior del personaje suenan las voces contradictorias de estas dos fuentes vitales: la audacia, el afán de dominio, el orgullo atribuido al ancestro hispano, y la sumisión, la docilidad el miedo permanente, frutos de la raza indígena sojuzgada. Ambos constitutivos se unen paradójicamente (y también esto se anunciaba ya en los anteriores relatos de Icaza), pues el personaje conflictivo tendrá tanta mayor aceptación en la sociedad cuanto más esconda el ancestro indígena y mejor aparezcan sus rasgos de blanco. De ahí la contradicción íntima que padece el Chulla:

Aquel diálogo que le acompañaba desde niño, irreconciliable, paradójico —presencia clara, definida, perenne de voces e impulsos—, que le hundía en la desesperación y en la soledad del proscrito de dos razas inconformes, de un hogar ilegal, de un pueblo que venera lo que odia y esconde lo que ama, arrastró al chulla por la fantasía sedante de la venganza³¹.

Como rasgo complementario y fundamental para una clara comprensión del relato indigenista ecuatoriano, es preciso apuntar que los dos últimos autores —Chaves e Icaza—, hacen aparecer una especie de anhelo de síntesis entre las dos razas. En Icaza es un soliloquio del protagonista, después de haber sufrido la

29. *Id.*, p. 26.

30. *Id.*, p. 15.

31. Jorge Icaza: *El Chulla Romero y Flores*, en: *Obras escogidas*. México, Aguilar, 1961, p. 670.

prueba más dura de su existencia: el haber abandonado las veleidades típicas de un vividor que jamás ha querido comprometerse, el haber llegado así a amar sinceramente a una mujer y el no poder evitar que ésta muera:

“Yo en cambio —Chulla Romero y Flores— transformandome . . . en mi corazón, en mi sangre, en mis nervios” —se dijo el mozo con profundo dolor. Dolor que rompió definitivamente las ataduras que aprisionaban su libertad y que llenó con algo auténtico lo que fue su vida vacía: *amar y respetar por igual en el recuerdo a sus fantasmas ancestrales* y a Rosario, defender a su hijo, interpretar a sus gentes³².

Por su parte, Chaves pone en boca de la maestra de escuela, que le ha servido de portavoz de sus comentarios, estas palabras:

Por ello la juventud debe dar a su paso por la historia un valor de futuro. Que la acción de la juventud contenga porvenir, que desborde esperanza para que la marcha no se resienta de estos choques sangrientos del bronce nativo —resignación y fuerza pasiva— y la extraña plata ibera —pulimiento, luz serena, energía de avance, clara ponderación latina—, y sean un solo bloque grandioso y bello de sombra heroica que ampare y estimule sacrificios³³.

No hace falta subrayar que ambas citas están coloreadas por la intromisión del autor que hemos analizado en páginas anteriores. La presencia del autor en el relato, a través de esta superestructura discursiva, didáctica, opinadora se confirma una vez más, facilitando de este modo la percepción de ciertas coordenadas caracterizadoras del relato indigenista ecuatoriano.

LA JUSTICIA Y LOS PODEROSOS

La situación del indígena, que se concreta en una estructura de opresión, injusticia y progresiva depauperación, está férreamente anclada y mantenida por un monopolio del poder y de la dominación en manos de los blancos poderosos. Este esquema, que se repetirá en todas las obras indigenistas de la literatura ecuatoriana, está ya presente en *Cumandá*: Don Domingo de Orozco, en sus tiempos de hacendado, es la cúspide de la estructura como patrón: en su hacienda hace y deshace a su antojo, como quien tiene el poder absoluto. A propósito de la rebelión indígena del capítulo VI, se nos cuenta por qué muchos de los indígenas de la hacienda de Don Domingo participan en ella:

Muchos de los indios de la hacienda de éste tomaron parte activa en el alzamiento, y entre todos se distinguió el joven Tubón, a quien movían las recientes desgracias y fieros ultrajes que sufriera de parte de su amo. Una corta falta del viejo padre de aquél fue castigada con numerosos azotes y muchos días de cepo; el hijo salió en su defensa, y tan buena

32. Id., p. 823. (El subrayado es nuestro).

33. *Plata y bronce*, p. 300.

acción le atrajo una pena no menos fuerte; la anciana madre lloró por el hijo y el esposo, y la recompensa de sus lágrimas fue abrirle las espaldas con el rebenque³⁴.

Los indígenas acuden a la justicia civil para protestar contra el amo; pero la justicia no dudará ni un momento en atender a las buenas razones del patrón y fallar en contra de los acusadores:

Los tres, juntamente, quisieron dejar el servicio de amo tan cruel e injusto y acudieron a la justicia civil, ante la cual se sinceró don José Domingo, y apareció impecable como un ángel. No así los indios, que habían cometido el grave delito de quejarse contra el amo, el cual para castigarlos vendió a un *obrajero* la deuda que, por salarios adelantados, habían contraído los Tubones³⁵.

La novela indigenista posterior explicitará, llegando incluso a estereotiparlos, los otros elementos de esta estructura: el cura y el oficial administrativo, que puede ser el militar o el policía, el teniente político o el juez. Basta abrir cualquiera de las novelas de Icaza para comprobarlo. No me detengo en ello, aunque debo subrayar que en esto la novela indigenista ecuatoriana no se aparta en nada del resto de la literatura indigenista andina.

Con lo hasta ahora dicho creo haber dado una visión panorámica del hecho y de su radicación en la historia literaria ecuatoriana. Queda ahora una segunda tarea importante: dar con una interpretación del hecho y ubicarlo dentro de la historia general de la sociedad, ver la radicación que el hecho literario tiene en el mundo de los autores.

Desde una perspectiva sociológica, a la manera de Goldmann, me atrevería a sostener que el nexo entre la realidad novelesca y la realidad real está ya desde *Cumandá* en un hecho básico: la estructura subyacente a los acontecimientos, estructura que da cabal explicación de los mismos, es una *organización social colonial*; es decir, “un sistema socio-económico coherente basado en una relación estructural de dependencia”³⁶.

Según el criterio de vinculación colonial, se presentan en el sistema de estratificación global dos estratos: el de los colonizadores y el de los colonizados. El primer estrato estaba formado, en el territorio de la Audiencia, por los grupos sociales que consideraban pertenecientes a la “república de los blancos”; que ejercían las funciones dominicales o estaban directamente a su servicio. Tres grupos constituían el estrato social dominador: el de los “españoles”, la “plebe”; y los esclavos [. . .] La posición de los colonizados estaba ocupada generalmente por el estrato indígena³⁷.

34. *Cumandá*. p. 75.

35. *Id.*, *ibid.*

36. Segundo Moreno: *op. cit.*, p. 16.

37. *Id.*, pp. 385 y 386.

El funcionamiento de esta estructura colonial se manifiesta en el control que el colonizador ejercía sobre el esfuerzo humano, sobre la riqueza como instrumento de producción y sobre la tierra. Paulatinamente la población indígena va sufriendo el despojo de estas tres potestades, despojo arbitrario que da lugar a las sublevaciones³⁸. Quiere esto decir que la explicación de los elementos significativos que podamos encontrar y analizar en el relato indigenista ecuatoriano la hallamos en una sociedad de estructura colonial, entendida como estructura de dependencia.

La visión del mundo subyacente a las diversas novelas; o, mejor dicho, a los diversos novelistas, tiene sus matices dentro de este carácter global que acabamos de apuntar. En Juan León Mera existe la crítica de tal estructura de dominación; pero es aún una crítica delicada, tenue, incluso a ratos velada. En todo caso, no se puede negar que está presente. Posiblemente su condición de católico ferviente le impusiera cierto recato al enfrentarse con hechos dolorosos de los mismos eclesiásticos, y por ello al hablar del comportamiento de éstos, la parte negativa apenas la insinúa en un inciso: “los curas misioneros gobernaban aun en lo temporal, y *si no siempre*, con frecuencia se desempeñaban más acertadamente, y los pobres salvajes respiraban con libertad”³⁹. Por otra parte, no podemos pasar por alto el hecho de que en la perspectiva de Mera, la evangelización de los indígenas tiene un aspecto positivo, y es elocuente a este respecto su queja por la pragmática de Carlos III que expulsa de sus dominios a los jesuitas, dejando a los indios del Oriente privados de la tarea civilizadora de aquellos. Posiblemente, también el sentimiento romántico acentuara una perspectiva evasora: al hablar del personaje Carlos y presentarlo como poeta, uno de los rasgos más subrayados es el del alejamiento de un mundo corrompido y de la huida hacia horizontes más “puros”⁴⁰.

Lo mismo ocurre si nos preguntamos por cómo se define la problematización del indio en la primera novela ecuatoriana. Es cierto que no podemos pasar por alto que el carácter de opresión, causa de las sublevaciones indígenas, está bien explícito en el capítulo VI; pero también en este aspecto hay una huida hacia el oriente donde los “salvajes” viven una vida más libre, según sus propias costumbres. Y aunque el autor no puede evitar en sus juicios un fuerte etnocentrismo, ya desde los comienzos recibió las críticas de sus contemporáneos sobre su manera de idealizar al indio. Son significativas a este respecto las que hiciera Don Juan de Valera:

Difícil es creer que Cumandá, viviendo entre salvajes feroces, groserísimos, moral y materialmente sucios, y expuestos a las inclemencias de las estaciones, conserve su pureza virginal, y sea un primor de bonita, sin tocador, sin higiene y sin artes cosméticas e indumentarias⁴¹.

38. Id., p. 416.

39. *Cumandá*, cap. II, p. 50.

40. *Cumandá*, cap. VII, pp. 79 y ss.

41. Citado por Angel F. Rojas: op. cit., pp. 53 y ss.

Más explícitos y radicales serán los novelistas ecuatorianos posteriores en esta crítica de la sociedad que les sirve de referencia para sus relatos. En la historia literaria ecuatoriana hay una especie de paso repentino del romanticismo tardío a un realismo crudo y desnudo —me refiero a la historia del relato, naturalmente. Si bien es cierto que el costumbrismo también tiene su lugar entre una y otra fase, no debemos olvidar dos cosas: primera, que el costumbrismo se concentra más en la literatura costeña, y segunda, que es un paso necesario para el advenimiento del realismo. Apunto solamente que en el relato ecuatoriano de los años 30, en el que se da la eclosión del indigenismo, además de la perspectiva realista hay una fuerte carga ideológica en cuya descripción no me detengo ahora. La clave interpretativa sigue siendo a mi juicio la persistencia de una estructura colonial de dominación. Por ello me parecen muy justas las palabras de Segundo Moreno, con las que termino este ensayo:

Aunque se ha señalado la situación colonial como un proceso de dominio sobre el grupo indígena, se la ha interpretado unilateralmente. Así se ha condenado a la explotación española entendiéndola exclusivamente como la de la Metrópoli europea, mientras se han disimulado las relaciones locales de dependencia conocidas como colonialismo interno. Para los indios tan colonialistas eran los españoles europeos, como los criollos americanos y mestizos. He aquí por qué sus luchas no terminaron con la independencia política, sino que han continuado y quizás con mayor violencia durante la República⁴².

De ahí también la persistencia del tema indigenista en el relato ecuatoriano hasta nuestros días. Después de las grandes novelas indigenistas de Icaza siguió por mucho tiempo una legión de epígonos que seguían con los mismos temas y con los recursos. Nuevas maneras de novelar y nuevas perspectivas parecen apuntarse ya en *El Chulla Romero y Flores* de Icaza, donde el problema no es ya el indio sino el criollo con su interna lucha consigo mismo y con la sociedad que lo ha producido. Y ciertamente aparecen nuevos horizontes en relatos actuales, aún escasos, pero muy significativos en el proceso de la novela ecuatoriana. Me refiero en concreto a *La Linares*, de Iván Egúez (1975), *El desencuentro*, de Fernando Tinajero (1976) y *Entre Marx y una mujer desnuda*, de Jorge E. Adoum. Con estos autores el relato ecuatoriano deja de ser indigenista en el sentido ortodoxo sin dejar por ello de estar muy enraizado en la tierra.

Quito, abril 1978

42. Segundo Moreno: op. cit., p. 22.